

los hombres

¡IMPO

EN Australia se está creando una situación agobiante como resultado de la inmigración continua de más hombres que mujeres. Se trata de un problema tradicional: la escasez es de por sí natural en el país y se agrava aún más al importar mayor cantidad de hombres que de mujeres. La repercusión social de esta situación se traduce en una serie de hechos de la mayor gravedad. Revisando el archivo de la Policía podría deducirse que el panorama es desolador.

Examinando la cuestión con franqueza, convegnamos en que no se puede negar el impulso natural masculino, sin crear tensiones que se manifestarían más tarde o más temprano bajo algún aspecto de aberración o crimen. Las causas del desequilibrio existente, a partir del movimiento migratorio en Australia, son conocidas. Ajustar esa desequilibrada inmigración es relativamente fácil; algo más difícil es promediar el desajuste de los sexos en la comunidad interior australiana.

Las cifras totales, incluidos los inmigrantes, en el censo del año 1961, parecen estar clamando: ¡importad más chicas! Entre los solteros hay 143 hombres por cada 100 mujeres. Como quiera que la genética no es una ciencia exacta y nadie probablemente se ha de preocupar mucho por la proporción existente entre los niños y las niñas nacidos anualmente, es casi impracticable una regulación de ese desequilibrio natural. Pero esto no puede ser un impedimento para que se tratara de lograr ese equilibrio a base de importar a Australia más mujeres que hombres.

En los nueve meses que precedieron a marzo de 1965, entraron en Australia 68.000 hombres y 61.000 mujeres, es decir, el 52,7 por ciento de hombres y el 47,3 por ciento de mujeres. Y éste ha sido el porcentaje corriente en los últimos veinte años. No obstante, ha habido uno o dos años en los que se importaron más mujeres que hombres. Un año así, por ejemplo, fue el de 1961-1962, cuando inmigraron sólo 56.000 hombres contra 61.000 mujeres. Pero ha sido tan grande la corriente migratoria de varones que en estos veinte años totalizó un superávit de 17.000 inmigrantes. Ahora bien, considerado como una cifra, si tenemos en cuenta que la inmigración durante esos veinte años fue en total de 2.265.000, no parecerá quizá sorprendente. Pero cuando se trata del problema de un equilibrio social como el apuntado más arriba, una escueta estadística es el indicador **SIGUE**



viden en australia:

ORTAD MAS CHICAS!



Cualquier muchacha puede esperar un gran recibimiento en Australia. Hay miles de hombres que tienen pocas oportunidades de llegar a casarse alguna vez. En la foto de la derecha, una escena habitual en un club de Sidney: los varones ejecutan una danza tradicional masculina. Obsérvese la abundancia de hombres.

¡IMPORTAD MAS CHICAS!

más deshumanizado e inflexible del comportamiento humano.

El hecho significativo no es que un exceso de 17.000 inmigrantes masculinos constituya un pequeño porcentaje del número total, sino que 17.000 inmigrantes en esa situación, hombres solitarios en una tierra extraña, pueden suponer 17.000 crímenes sexuales en potencia. Y aunque sólo se llevaran a cabo la décima parte se crearía una situación de hecho insostenible para cualquier país civilizado.

La presión creada por la escasez de chicas no resulta tan dramática para la población masculina indígena. Los jóvenes nativos australianos o los inmigrantes procedentes de Inglaterra tienen tantas oportunidades de mezclarse socialmente —y esto es para ellos reconfortante— que al menos algunos, si no la mayoría, de sus impulsos pueden verse de este modo sublimados. Es una doctrina médica establecida que dondequiera que se permita a los chicos y a las chicas mezclarse libremente, se debilitan algunos de los impulsos básicos que, sin esa válvula de escape, podrían desbordarse de una manera perjudicial para la sociedad.

aumento de los raptos

Un famoso diagnosticador de Sidney dice: «No se puede entrometer uno en cosas del sexo sin plantearse inmediatamente agudos problemas. Se haga lo que se haga, la naturaleza siempre ha de manifestarse. Es como intentar que el agua suba una pendiente». El desequilibrio entre hombres y mujeres apuntado es sensiblemente perjudicial para la juventud australianas. Ha habido un aumento notable del número de raptos y otros crímenes similares en los últimos diez años.

Para los emigrantes la situación es delicada. Sus contactos con las chicas australianas son pocos y tímidos. Casi siempre fracasan tras el primer encuentro. No se trata de intolerancia racial, sino de obstáculos del idioma, de las costumbres y de perspectiva. Incluso las extrañas rutinas de las ceremonias matrimoniales constituyen a veces un obstáculo por sí solas. No hace mucho tiempo, el jefe del partido de la oposición de Victoria manifestó en una conferencia: «Deberían ser abolidas en Australia las costumbres de esposales en algunas razas, en ésta o en la próxima generación. Nadie quisiera ver a sus hijos casados de acuerdo con las costumbres de algunas de estas gentes». Esto puede ser cierto en lo que respecta a las familias australianas más influenciadas por la religión, pero hay otros impulsos básicos mucho más simples y poderosos. La chica australianas de hoy tiene a su alrededor más jóvenes de los que puede pretender: jóvenes aus-

tralianos, se entiende; como es natural, será a ellos a los primeros que elija. Entonces, ¿qué es lo que puede hacer el extranjero? Un muchacho griego expresaba este estado de opinión: «Habiendo tantos jóvenes australianos a los que pretender, ¿qué oportunidades puede tener un pobre griego?». Las oportunidades para el inmigrante mediterráneo son limitadas: «Son nulas —insiste el muchacho—. Un griego se siente extraño en un país nuevo y esto le vuelve tímido. Es cierto que puede ir a los clubs griegos, pero allí no hay chicas australianas; ni siquiera hay suficientes chicas griegas». Además, el extranjero se encuentra con que no conoce a suficientes australianos que pudiesen presentarle a sus hermanas o a otras chicas. Hay, evidentemente, algún prejuicio racial en el país, pero posiblemente se deba al poco contacto. No se trata sólo de que el emigrante griego, italiano, alemán u holandés no tenga mucho éxito entre las chicas, sino que también tiene muy poco entre los australianos. No hay antagonismo sino más bien un obstáculo en lo referente a sus contactos. Otro joven griego, apuesto e inteligente, socio de un club griego de Melbourne, comenta: «Bueno, la cosa es muy sencilla. No hay suficientes chicas australianas con las que salir. Hay tantos inmigrantes solos y también tantos australianos disponibles que las chicas pueden elegir y escoger...». Podría pensarse que en los bailes habría oportunidad de conectar con esas escasas chicas: «Eso es lo que dicen todos. Pero no hay más **SIGUE**



Mujeres españolas embarcan rumbo a Australia. El gobierno de ese país ha tomado medidas para superar el desequilibrio existente entre la población masculina y femenina. En la fotografía grande, de cualquier parte del mundo ha llegado un barco cargado de... novias. Los hombres asaltan el barco en busca de compañera.



¡IMPORTAD MAS CHICAS!



Chicas europeas a su llegada a Australia; la mayor parte de ellas se casarán muy pronto, eligiendo al varón.



Las puertas del muelle se abren de golpe: ha llegado un barco y los hombres se abalanzan en tropel.

que ir a uno de esos bailes: centenares de hombres se amontonan en las puertas y las chicas ya están comprometidas para todos los bailes». Hablando bien el idioma inglés, ¿hay más posibilidades de acercarse a ellas y hablarlas en su propia lengua? «Esto estaría muy bien si las chicas le dejasen a uno acercarse lo suficiente para comprobar lo bien que hablas el inglés...». La contestación de este muchacho podría servir de réplica a la recomendación de H. B. Gullet, embajador australiano en Grecia: «Si quieres casarte con una australiana, aprende primero el inglés. Las chicas australianas no saben apreciar las dulces palabras de amor en otros idiomas». Estaba contestando a varias quejas aparecidas en los diarios athenienses en el sentido de que los inmigrantes griegos en Australia encontraban muchas dificultades en conseguir compañera para formar así una familia en su nueva patria.

las chicas son exigentes

«No es verdad, dijo Gullet, que a las chicas australianas no les gusten los griegos. Si a veces la experiencia parece demostrarlo, esto es porque Australia cuenta con muchos más hombres que mujeres. Así que las chicas pueden permitirse el ser exigentes. Es para ellas muy fácil casarse y cada día se casan más jóvenes». Pero, claro está, se casan sólo con los hombres que han seleccionado previamente. Y estos afortunados son casi siempre australianos. En esta selección parece que las chicas se inclinan por los tipos tradicionales: el joven alto y rubio tiene muchas más oportunidades que el bajo, moreno y de aspecto extranjero. Algunos de los inmigrantes han cobrado conciencia de esta situación. Un napolitano de tipo pequeño y moreno, bien vestido y hablando correctamente el inglés, razonaba: «Sí, uno llega a hablar inglés; yo lo hablo bastante bien. Hasta creo que no tengo acento extranjero, porque llevo aquí once años y lo he estudiado por mi cuenta. Pero esto no me hace más alto ni más rubio. Y eso es lo que quieren las australianas. Hombres altos y rubios».

Es evidente que mientras persista el desequilibrio de los sexos Australia padecerá una plaga de hombres solos, propensos a un comportamiento sexual impetuoso o reacios a adquirir la nacionalidad australiana y descosos de volver a su tierra natal. Ese tipo de inmigrante insatisfecho está perdiendo el tiempo y desperdiciando el tiempo del país al que ha ido a trabajar. Un ejemplo es Roland, francés de Wagga, Nueva Gales del Sur. Ha estado en Australia catorce años, pero no se ha nacionalizado porque no ha visto posibilidades de un futuro próximo para él en el país. «Los inmigrantes a Australia —declara—, a menudo solteros, pueden tener varias razones para desear volver a casa, pero yo creo que el peor handicap, después de algunos años y a menudo a pesar de una posible seguridad financiera, es la soledad».

mujeres sobrantes

La mayor parte de los inmigrantes, después de unos pocos intentos infructuosos de trabar amistad con chicas australianas se dan cuenta de que nunca se podrán casar en Australia. Como tampoco quieren quedarse solteros para toda la vida, ¿puede reprochárseles que quieran regresar a su patria? Es inútil que adquieran la nacionalidad australiana si piensan y desean volver a su casa... Este inmigrante francés, Roland, lamenta que Australia no haya importado miles de chicas sobrantes, sin ningún trabajo, de Alemania, por ejemplo, donde la proporción era de



Los emigrantes latinos tienen dificultades para relacionarse con las muchachas australianas. El idioma es un obstáculo, pero también lo es la condición del inmigrante.

varias mujeres por cada hombre. 40.000 chicas podrían haber sido útiles para equilibrar la situación. Además, la mayoría se habría casado y con el promedio australiano de tres hijos por familia, habría aumentado la población en cerca de un millón de personas. Incluso ahora, con un poco de publicidad en las revistas femeninas europeas, Australia podría atraer a un sobrante de 50.000 muchachas por año y mantener este promedio hasta que se alcanzase un equilibrio eficiente de los sexos. Una forma sencilla de fomentar este programa sería que los emigrantes masculinos solteros tuviesen que pagar más para ir a trabajar a Australia que los femeninos.

En la presente situación, el desequilibrio es notorio. En el censo de 1961, los solteros en el grupo de los mayores de quince años eran 1.098.000 hombres contra 770.000 mujeres. Si a estas cifras se añade el excedente de 75.000 chicos en el grupo de menores de quince años, se tendrá que el excedente de más de 40.000 varones representa un aumento del orden de los 69.000 con respecto al año 1954. Y la inmigración está acentuando la presión año tras año. Casi un tercio de los inmigrantes masculinos están solteros y el grupo más importante se halla en edad casadera.

En pocas palabras, cada año empeora la situa-

ción, en vez de mejorar. El Gobierno de la Commonwealth no parece demasiado preocupado por controlar la inmigración para resolver la presente situación. El problema tendría que resolverse entonces desde dentro. Pero si se habla con los clérigos, sociólogos y benefactores no se llega muy lejos. Sus sugerencias serán siempre poco más o menos las mismas: vaya usted a la iglesia para conocer allí a chicas jóvenes; también en los clubs de sociedad podrá encontrar muchachas. Pero esto no es práctico, como explica un muchacho griego que trabaja en Melbourne: «Yo voy a la iglesia griega ortodoxa, pertenezco a un club futbolístico, el South Melbourne-Hellas; allí me encuentro con muchos jóvenes como yo y todos tienen el mismo problema». Pero, para ser justos no se pueden citar sólo testimonios opuestos a la actual situación. Veamos también la opinión de Floris Demetrie, un inglés que se casó con una chica australiana y ahora tiene incluso nietos australianos. Demetrie opina que los jóvenes inmigrantes que se quejan por falta de chicas son un poco impacientes. «Un joven inmigrante —dice— tiene las mismas dificultades en cualquier país. Hace falta tiempo para llegar a conocer el país. Es absurdo generalizar diciendo cosas como que a las chicas australianas no les gustan los griegos. Conocer el

idioma no lo es todo. Yo conozco algunos tipos que no saben una palabra de inglés y no obstante han encontrado a chicas australianas estupendas, simplemente siendo corteses y simpáticos y teniendo un poco de paciencia».

Las estadísticas deben ignorar el misterio de por qué una chica se casa con un hombre particular. Ello puede obedecer, quizá, a que se limpia muy bien los zapatos, se peina de una manera atractiva o sabe pedir vino en la comida. Puede obedecer a todo esto y a muchas otras cosas que el Departamento de Inmigración no puede calcular. Pero hay dos hechos básicos y simples que el Gobierno podría considerar: ¿Ganan los inmigrantes lo suficiente como para satisfacer las esperanzas de la mayoría de las chicas australianas? Cualquiera, sea inmigrante o no, con un salario semanal de menos de 30 libras —unas cinco mil pesetas— no tiene muchas oportunidades en una sociedad que, por desgracia, sufre una gran escasez de mujeres. Esta escasez podría aliviarse mediante cambios deliberados en la política de inmigración del Gobierno, de forma que el recién llegado tuviese la sensación de poder disfrutar de las mismas oportunidades de un nativo cualquiera.